

Una mirada a la historia de la asociación

PREHISTORIA... Y ALGO DEL PRESENTE

Beatriz de Moura

El número de mi carné de nuestra asociación es el 5. Cada vez que he tenido que recurrir a ese carné por el motivo que fuere no he podido evitar esbozar una sonrisa, como quien saluda con simpatía, aunque sin nostalgia, el recuerdo de aquellas primeras reuniones con cierto aire de clandestinidad cuando nuestro país iba librándose ya, en los últimos años setenta, de los fantasmas más acuciantes de la dictadura.

De hecho vivíamos aquellos días bajo el doble efecto de la euforia por vislumbrar cambios profundos en nuestro entorno y del viejo temor a incurrir en cualquier transgresión. Y para transgresión la de unos cuantos, muy pocos aún, que, en el marco del intenso cruce de discusiones acerca de los derechos inalienables de todo ser humano, se reunían para pensar y debatir en qué consistía realmente el derecho de todo individuo a gestionar con dignidad su propia muerte del mismo modo que dispone de él para gestionar su vida.

No nos equivocábamos al ser conscientes de que aquello que empezábamos con timidez a reivindicar no era una tarea fácil, ya que afectaba a un tema tabú, el de la eutanasia, palabra maldita donde las haya. Iba a ser —y es todavía— realmente necesario un largo camino antes de despojar del «derecho a morir dignamente» toda suerte de supersticiones y temores, de origen religioso casi siempre.

Aun así, nada impidió que a cada reunión acudieran dos o tres personas más, que se mantenían ligeramente apartadas, en silencio. Algunas no volvían, otras empezaron a indagar. El caso es que, al cabo de un tiempo, ya no cupimos en ninguna de las dependencias particulares que nos acogían durante al menos el primer año. Empezó así la búsqueda de locales más anónimos y apropiados, pero poco o nada costosos, ya que la incipiente organización todavía no alcanzaba a cubrir gastos. Hay que decir que se tardó bastante en poder establecer un primer boceto de asociación a partir del cual un determinado número de socios ya cotizara lo suficiente para permitir una mayor autonomía económica. Entretanto, en algún momento, no recuerdo cuándo, ni cómo, se me ocurrió ofrecer el local de Tusquets Editores, entonces en la calle Iradier 24, al que nos habíamos trasladado hacía poco. Tampoco recuerdo a ciencia cierta durante cuánto tiempo celebramos reuniones allí ni cuántas tuvieron lugar, siempre a partir de las siete de la tarde, cuando se iba el personal de la editorial. Confieso que a veces temimos que, en aquel vaivén de desconocidos que acudían a las reuniones con expresión circunspecta

y se mezclaban entre las caras ya conocidas, pudiera haber algún «elemento sospechoso», como solía decirse entonces. Sí que recibimos la visita efímera de algún cura que nos reñía y condenaba, seguido o acompañado por algunos fieles exaltados, e incluso de algún médico más papista que el Papa, que intentaban devolvernos a la razón de la sinrazón.

En cambio, vuelve a mi memoria un episodio desafortunado que sucedió estando ya muy entrados los años ochenta, creo, del que tuvimos la culpa Antonio López Lamadrid —ya por aquel entonces codirector de Tusquets— y yo. Habíamos adquirido los derechos para publicar en lengua española un ensayo titulado *El derecho a morir. Comprender la eutanasia*, escrito por el norteamericano Derek Humphry —fundador de la World Federation of Right to Die Societies— en colaboración con Ann Wickett, un libro que por cierto tradujo Maria Rosa Buixaderas, miembro activo hasta hoy de nuestra asociación. No sin una imperdonable candidez altruista, y no exentos de un optimismo más bien temerario, propusimos a la asociación repartir la recaudación de las ventas del libro entre el autor y la que entonces era la incipiente Asociación DMD en Cataluña. Estábamos todos tan convencidos, ya por entonces, de que ese libro iba no solo a enriquecer al autor, sino también a resolver las necesidades más urgentes de la asociación en Barcelona, que las dos partes firmamos el acuerdo sin pestañear. Hoy es sabido que este ensayo se encuentra entre los más estrepitosos fracasos de ventas en la historia de Tusquets y que, para nuestra mayor vergüenza, no proporcionó ni una sola liquidación al autor ni mucho menos a DMD. Nos preocupó bastante el habernos comprometido con la asociación, pero alguien, no recuerdo quién, tal vez el propio Salvador Pániker, el mismo editor, nos consoló un poco a todos alegando que, así como el tema de la muerte digna había ido tomando en España un relieve creciente y ya se comentaba abiertamente en los medios (radiofónicos en particular), eso no quería decir que todavía ese tipo de «propaganda ilegal» —que por aquel entonces, recordémoslo, de hecho todavía lo era— penetrara en la intimidad de los hogares, al alcance de cualquiera...

Acabo de mencionar a Maria Rosa Buixaderas y, a bote pronto, varios nombres han aflorado a mi escasa memoria para nombres y números, personas que siguen al pie del cañón, como algunas de las que participarán en este libro. De los primerísimos tiempos recuerdo nítidamente por supuesto a Maria Rosa, Aurora Bau, Andrea Basseda y, más vagamente, al legendario Miguel Ángel Lerma. Tengo grabados en mi recuerdo sus rostros de entonces; no sé si podría reconocerlos hoy, porque son muchos los años que nos separan ya de aquellos primeros encuentros y esfuerzos. Sí que llevo conmigo esa determinación que los animaba y que les llevó, con mucha mayor entrega y dedicación

que yo, a conducir a buen puerto la asociación hasta cimentarla de una vez por todas con la creación de sus dos primeras sedes en Barcelona y Madrid y, más tarde, a consolidarla en los años noventa.

De aquellos años, en particular, tengo muy presentes a dos personas, con quienes colaboré en lo que pude y mientras pude. Se trata de Salvador Pániker y, sobre todo, de Juana Teresa Betancor, que se desvivieron, en tiempos todavía inmaduros para temas tan delicados, con el fin de dar con las vías legales y políticas que encauzaran un proyecto de testamento vital que no fuera simple papel mojado. Les costó no solo mucha dedicación, sino también mucha perspicacia, inteligencia y tacto. No creo equivocarme demasiado si afirmo aquí —sin consultarlo con ellos— que el haber obtenido, gracias a su tenacidad y constancia, el ingreso de nuestra asociación en la World Federation of Right to Die Societies contribuyó, y mucho, a crear un buen clima en torno a la idea y los actos mismos que mueven a quienes se adhieren no solo a nuestra concepción de la vida y la muerte, sino también al libre y buen uso del testamento vital.

Curiosamente 1985, año fundacional de DMD, es el mismo en que, por razones que ahora no vienen al caso, nuestra editorial empezó a consolidarse como empresa y a afianzarse como fondo de lectura referencial en España, sino también en América. Lo cierto es que, pese a dedicar casi todo mi tiempo y esfuerzo al proceso, menos placer por ser mi oficio eminentemente vocacional.

No obstante, esta dedicación pasó pronto a ser exclusiva de DMD, que ya por entonces exigía una entrega similar. Sentí que alejarme paulatinamente de algunas actividades iba asignando mi presencia en otros ámbitos que no eran menos estimulantes para mí.

Pero elecciones cruciales que determinarán, para bien o para mal, su trayectoria por la vida. Y el mío estaba destinado a ser hasta ahora, y espero que por unos años más —el del editorial que había fundado en 1969.

Hasta ahora no he contado el porqué de mi precoz interés por la presencia de la muerte en la vida y, con el tiempo, de cómo llegué a admitirla como una experiencia más. A los dieciséis años, la muerte —o el dejar de vivir— se me presentó de golpe y antes que cualquier otra consideración, en forma de alivio. Así fue, al menos para mi hermana, cuatro años mayor que yo. Se quitó la vida porque, según dejó escrito en un breve mensaje dirigido a mí, estaba harta de vivir condicionada por una epilepsia severa (que arrastraba desde que nació de un parto difícil en Londres) y de ser «maltratada» inútilmente por padres y médicos. Lo expresaba así, sin rodeos. De hecho, desde hacía meses lo había ido insinuando, sin que nadie en casa se diera por enterado. Dejar de

vivir en su infierno particular fue para ella una liberación en vísperas de un enésimo tratamiento, tan doloroso e inútil como todos los demás.

Ante semejante revelación, me quedé muda, consciente de que en aquel momento no podría expresar lo que vislumbraba tras ese acto que hasta entonces había sido considerado en mi familia y en mi entorno como un pecado o como un acto de cobardía. Conservo aún su mensaje y, cuando mucho más tarde oí hablar por primera vez de autoliberación, recordé de inmediato la suya. De hecho, cuando alguien tan joven, como era yo entonces, consigue comprender con cuánta libertad un ser querido, en plena conciencia de su acto, elige no continuar viviendo, su mirada cambia para siempre.

Ya se tiene ganado un amplio recorrido en la reflexión acerca de la «buena muerte fácil», la muerte asistida, la eutanasia... la muerte digna en fin.

¿Cabe preguntarse de por sí es indignante por absurda tomar conciencia de que la muerte no es solo una incongruencia de la vida, sino también una parte, que cuando se muestra así, tan desgarrada, acabamos por aceptar lo inaceptable: dejar de vivir cuando, antes o después, sabemos que no habrá tiempo posible? De no haber conservado muy vivo el recuerdo liberador de mi hermana, yo habría continuado atemorizada ante la certeza de que no existe salida digna para semejante putada.

Años después, y tras muchas decisiones que tomamos gestionar o no, pues hoy no solo se trata de gestionar, o no, la muerte de nosotros mismos, sino también la de los demás cuando hayamos decidido gestionar, o no, la nuestra.

Hace poco he vivido durante casi dos años al lado de un hombre muy querido, el hombre con quien compartí mi vida durante treinta y seis años, que no solo decidió a conciencia cuándo dejar de seguir enganchado en vano a ciertos tratamientos prolongados contra un cáncer de garganta, sino que gestionó con el oncólogo su posible tiempo de calidad de vida. Asimismo, en gran parte asesorado y apoyado por personas de la asociación de Barcelona, convivió el posible final de su autoliberación. Ese hombre fue envidiado y admirado en vida por la libertad con la que consiguió transitarla y fue ejemplar para muchos por su conducta en sus últimos dos años de vida.

Con inmensa discreción supo combinar su rutina diaria de trabajo y ocio con la triste y estricta disciplina diaria de los tratamientos, hasta el punto de que bastantes amigos y conocidos llegaron a creer que no estaba condenado a muerte. Para él, esta fue una de sus mayores conquistas: no inspirar piedad en sus allegados y molestar lo menos posible a las personas a quienes permitió acompañarlo en todo este tránsito nada placentero. En los últimos días, su máxima preocupación fue la de dejarnos muy claras sus

instrucciones, tanto para las exequias como para la incineración, a los que íbamos a tener que «cargar con el muerto» —como decía él— y lidiar con su numerosa familia, tan católica y tan apegada a los consabidos rituales religiosos. Dejó instrucciones precisas para que, en contra de cualquier otra voluntad (familiar, además), él fuera incinerado y para que en la inevitable ceremonia de despedida, laica por supuesto, brillara por su ausencia toda suerte de cruces que pudieran colarse.

Como podrán entender, no me costó nada complacerle. Había conseguido, al final de su prolongado último viaje por la vida, dejarme en un sorprendente e inesperado estado de paz conmigo misma y mi entorno.

He intentado describir mi propia experiencia ante dos casos extremos —muy distantes y muy distintos— de autoliberación, y hacerlo esforzándome por no cargarlos de emoción melodramática con el fin de volver a considerarlos ahora yo misma después de un tiempo prudencial y sentirme algo más segura de lo que creo haber aprendido, y sobre todo asimilado. Conciérne a cada uno de nosotros ir indagando cómo queremos aprovechar nuestra vida y, siempre que podamos, cómo queremos abandonarla llegado el momento. Ninguna opción es fácil, pero sepamos al menos que sí que nos merecemos vivir de la mejor manera posible las dos que nos ofrece la vida.

Dudo ahora que hubiéramos conseguido procesar solo por nosotros mismos todos los sentimientos encontrados de rebeldía y desánimo, de lucidez y ciego dolor, de coraje y miedo, mucho miedo, que generaron bajo distintas formas en mi marido y en mí las sucesivas decisiones derivadas de la voluntad de gestionar la muerte hasta el final. ¿Habría yo, por ejemplo, podido hacerlo sin mis pasadas vivencias en la Asociación DMD y sin el consiguiente aprendizaje del fracaso de algunos y del éxito posterior de tantos otros? ¿Habría intuido cuándo insinuarle a mi marido, en sus peores momentos de duda, dolor y desesperación, la conveniencia de acudir a los compañeros de la asociación en Barcelona, que con tanta sabiduría lograron ganar su confianza y reconducirlo hacia una reflexión serena acerca de sí mismo y sus circunstancias? ¿Habría sido yo capaz de comprender el momento preciso en que decidió suspender toda medicación posible, aun cuando contribuyera a la calidad de vida que había logrado obtener hasta entonces? Pues no, sé que no habría estado preparada para aceptarlo de no saberme amparada, aun tácitamente, por todas las personas que en el mundo conforman DMD y que siguen consagrando su tiempo y su dedicación a quienes quieren vivir su muerte del mismo modo que su vida, o sea, con la mayor libertad de decisión posible.